# LA BRISA DE CHILE.

Año I. San Felipe, 2 de Enero de 1876. No. 2.

## SUMARIO.

El lujo i la moda, por Rosario Orrego de Uribe.—El Cristo de la Agonía, por Ricardo Palma.—Señora doña Lucrecia Undurraga de S., por Enriqueta.—Folletin: Los Ermitaños del Huaquen, tradiciones populares del norte de Chile, leyenda inédita orijinal, por Lucrecia Undurraga de Somarriva, (continuacion).—Carolina, por Ruperto Marchant Pereira.—Revista de San Felipe, por Vicentillo Quitapesares.

## EL LUJO I LA MODA.

¿A dónde va a parar nuestra sociedad con esa moderna plaga que se ha desarrollado en su seno i que si no se le pone remedio pronto, mui pronto, amenaza nada ménos que disolver sus vínculos mas sagrados? Talvez a primera vista parecerán exajeradas estas palabras. Las observaciones que hemos hecho en estos últimos tiempos, los ejemplos palpitantes que a la vista tenemos, los estudios de costumbres a que nos hemos dedicado con relijiosa imparcialidad, nos han dado luz sobre la materia i autorizado para decir a los escritores en jeneral i en particular aquellos que escriben para el teatro:—Mirad que la sociedad se hunde en un abismo de miserias si no oponeis vuestra intelijencia i todos vuestros esfuerzos para dar a las ideas un jiro tal que ataque de frente i destruya en su ya peligrosísimo progreso esa locura de brillar por el lujo, oríjen necesario (si no se le opone una valla) de incalculables estragos para el hogar i por consiguiente para la sociedad.

¡Nos duele confesarlo, pero la verdad es que las mujeres (salvo honrosas excepciones) son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado al becerro de oro! Ellas son las que por satisfacer su sed de lujo impelen a sus maridos i hacen comprender a sus novios la necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres: sobre ellas cae la mayor responsabilidad de todo lo que tiene de materialista, de interesado i de penoso para toda alma noble las costumbres del siglo.

Ni aun pueden las mujeres alegar la natural inclinacion de cautivar a los hombres por medio de personales atavíos, pues ya bien lo saben, a éstos les gustan tanto mas cuanto ménos lujosamente ataviadas se presentan.

Luego el lujo no es, pues, mas que un sentimiento de loca disipacion, una vanidad que las arrastra, no a parecer mas hermosas, sino a parecer mas ricas para los demas. I esto es mui cierto. ¡Cómo han de creerse mas hermosas con un vestido que les cuesta la tela cien pesos, por ejemplo, la que cuvierta de adornos i puesto el traje en la persona con su respectivo sombrero sumará sus doscientos largos! I esto es un solo vestido, uno, i no mui rico por cierto. Verdad es que hai señoras de alto tono, lo que quiere decir de fortuna, que adoptan un modo de vestir adecuado a sus grandes rentas i a su jénero de vida; pero ¿es preciso que las que no tienen aquellos recursos ni pueden llevar la misma vida adopten el mismo modo de vestir? Pues sí señor; no hai remedio: así lo exije la moda, esa bella tirana, i por consiguiente la familia de un empleado que gana a duras penas con que vivir, ha de ponerse el mismo sombrero i usar la misma bota de taco imperial, cueste lo que cueste, que la opulenta señora o la hija del banquero. I para probar el imperio de la moda no tenemos mas que indicar esa magnífica redondez que se dan las mujeres de la espalda para abajo, convirtiendo esa parte del cuerpo en una especie de perilla de campanario o en cualquiera cosa que no sea la graciosa i delicada forma de un cuerpo de mujer.

Algunos, inclinados a pensar mal, suponen que las poco favorecidas por la naturaleza i las contrahechas, son las autoras de todas esas estravagancias, incluso la de arrastrar una vara de cola por el suelo.

Esto no podemos creerlo, porque vemos a las jóvenes i a las hermosas usar con el mismo entusiasmo el postizo i encopetado moño, i el mismo tontillo que usan sus mamás i sus abuelas; vemos a la alta lo mismo que a la baja llevar el taco de una cuarta; vemos a la de lindos i diminutos piés usar el traje tan arrastron como a la que tiene feos i mal formados cimientos. Esto nos induce a creer que lo que las impulsa a todas es el imperio de la moda i el amor al lujo.

Mas hasta aquí solo hemos hablado a la lijera del lujo i de la moda; la cosa no pasa de ser meramente ridícula: lo grave, lo penoso está en sus consecuencias inmediatas. En primer lugar, como todo en este mundo se liga i cada antecedente trae su consecuente, cada gasto supérfluo i fuera de los alcances del bolsillo trae enlazados otros cien gastos. La suma de estos gastos representan al fin del año o de unos años la ruina o el deshonor de las familias; poco a poco se va contrayendo el hábito de gastar mas de lo que se tiene.

Empeñado ya el amor propio en sostener una posicion superior a los recursos con que lícitamente cuenta, hai que echar mano de medios forzosos: de aquí en unos esa fiebre de lucro a toda costa que ahoga todos los buenos sentimientos i todas las nobles inspiraciones; de aquí en otros esas quiebras fraudulentas, espatriaciones forzosas, incendios misteriosos, etc., etc. En todas estas maldades bien puede asegurarse que la pasion del lujo entra como el móvil i oríjen principal de cada diezinueve en los veinte casos.

Pero si la mujer es la reina de la moda i tiene la pasion del lujo, tambien es ella la que principalmente la paga. El resultado necesario es retraer a los hombres de casarse: el número de las jóvenes que se quedan solteras es excesivo i no tiene otra aplicacion que el lujo; no hai remedio: es de todo punto imposible; o el hombre es mui rico, o está ciego de amor; cosas algo escasas en los tiempos que atravesamos. I no hai remedio; ¿cómo puede decidirse un hombre a cargar con las obligaciones del matrimonio tales cuales las ha entablado la moda, el lujo i las costumbres del dia?

Dicen las mujeres que los hombres del dia pretenden hacer un negocio del matrimonio, i que al informarse de una señorita no preguntan si es virtuosa, si es bien educada, sino si es rica.... Mas, hablando entre nos, ¿pueden hacer otra cosa? ¿cómo, dirán ellos, acertar con aquella mujer que se contente con lo que Dios i mi trabajo me den, sin pedirme otra cosa que mi cariño?

Si esto no es cierto, tengan las señoras la bondad de perdonarnos, que solo el mas sincero interes por su bien ha guiado nuestra pluma.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

## EL CRISTO DE LA AGONIA.

(TRADICION QUITEÑA.)

I.

San Francisco de Quito, fundado en agosto de 1534 sobre las ruinas de la antigua capital de los *Scyris*, posee hoi una poblacion de 60,000 habitantes i se halla situada en la falda oriental del Pichincha o monte que hierve.

El Pichincha descubre a las investigadoras miradas del viajero dos grandes cráteres, que sin duda son resultados de sus varias erupciones.

Presenta tres picachos o respiraderos notables, conocidos con los nombres del *Ruca Pichincha* o Pichincha viejo, el *Guagua Pichincha* o Pichincha niño i el *Cundor-Guachana* o Nido de Cóndores. Despues del *Sangay*, el volcan mas activo del mundo i que se encuentra en la misma patria de los *Scysis* a inmediaciones de Riobamba, es indudable que el *Rucha Pichincha* es el volcan mas terrible de la América.

La historia nos ha trasmitido solo la noticia de sus erupciones en 1534, 1539, 1577, 1588, 1660 i 1662. Casi dos siglos habian trascurrido sin que sus torrentes de lava i rudos estremecimientos esparciesen el luto i la desolacion, i no faltaron jeólogos que creyesen que era ya un volcan sin vida.

Pero el 22 de marzo de 1859 vino a desmentir a los sacerdotes de la ciencia.

La pintoresca Quito quedó entónces casi destruida.

Sin embargo, como el cráter principal del Pichincha se encuentra al Occidente, su lava es la lanzada en direccion de los desiertos de Esmeraldas, circunstancia salvadora para la ciudad, que solo ha sido víctima de los sacudimientos del jigante que le sirve de atalaya.

De desear seria, no obstante, para el mayor reposo de sus moradores, que se examinase hasta qué punto es fundada la opinion del baron de Humboldt, quien afirma que el espacio de seis mil trescientas millas cuadradas al rededor de Quito encierra las materias inflamables de un solo volcan.

Para los hijos de la América republicana, el Pichincha simboliza tambien una de las mas bellas pájinas de la gran epopeya de la revolucion. A las faldas del volcan tuvo lugar, el 24 de mayo de 1822, la sangrienta batalla que afianzó para siempre la independencia de Colombia.

¡Bendita seas, patria de valientes i que el jenio del povenir te reserve horas mas felices que las que forman tu presente!

A orillas del pintoresco Guayas me has brindado un hospitalario asilo en los dias de proscripcion i de infortunio. Cumple a la gratitud del preregrino no olvidar nunca la fuente que apagó su sed, la palmera que le brindó frescor i sombra i el dulce oasis donde vió abrirse un horizonte a su esperanza.

Por eso, vuelvo a tomar mi olvidada pluma de cronista, para sacar del polvo del olvido una de tus mas bellas tradiciones, el recuerdo de uno de tus hombres mas ilustres, la historia del que con las inspiradas revelaciones de su pincel, alcanzó los laureles del jenio, como Olmedo con su homérico canto la inmortal corona del poeta.

II.

Ya lo he dicho. Voi a hablaros de un pintor: Miguel de Santiago.

El arte de la pintura, que en los tiempos coloniales ilustraron Antonio Salas, Gorivar, Morales i Rodriguez, está encarnado en los magníficos cuadros de nuestro protagonista, a quien debe considerarse como el verdadero maestro de la escuela quiteña.

Como las creaciones de Rembrandt i de la escuela flamenca se distinguen por la especialidad de las sombras, por cierto misterioso claro-oscuro i por la feliz disposicion de los grupos, así la escuela quiteña se hace notar por la viveza del colorido i la naturalidad.

No busqueis en ella los refinamientos del arte: no pretendais encontrar gran correccion en las líneas de sus *Madonnas;* pero si amais lo poético, como el cielo azul de nuestros valles, lo melancólicamente vago, como el *yaraví* que nuestros indios cantan acompañados de las sentimentales armonías de la *quena*, contemplad en nuestros dias las obras de Rafael Salas, Cadenas o Carrillo.

El templo de la Merced de Lima ostenta

hoi con orgullo un cuadro de Anselmo Yañez, mi malogrado amigo.

No se halla en sus detalles el estilo quiteño en toda su estension; pero el conjunto revela bien que el artista fué arrastrado en mucho por el sentimiento nacional.

La *Oracion en el huerto* figuraria dignamente al lado de un cuadro del Veronés.

¡Cuánta nobleza i uncion en la figura de Cristo!

El pueblo quiteño tiene el sentimiento i el orgullo del arte. Un hecho bastará a probarlo.

El convento de San Agustin adorna sus claustros con catorce cuadros de Miguel de Santiago, entre los que sobresale uno de grandes dimensiones titulado: *La jenealojía del Santo obispo de Hipona.*

Una mañana, en 1857, fué robado un pedazo de cuadro que contenia un hermoso grupo.

La ciudad se puso en alarma i el pueblo todo se constituyó en pesquisador.

El cuadro fué restaurado. El ladron habia sido un estranjero comerciante en pinturas.

Pero ya que por incidencia hemos hablado de los catorce cuadros de Santiago, que se conservan en San Agustin, cuadros que se distinguen por la propiedad del colorido i la majestad de la concepcion, esencialmente el del *Bautismo*, daremos a conocer al lector la causa que los produjo i que, como la mayor parte de los datos biográficos que apuntamos sobre este gran artista, los hemos adquirido de un notable artículo que escribió el poeta ecuatoriano don Juan Leon Mera.

Un oidor español encomendó a Santiago que le hiciera su retrato.

Concluido ya, partió el artista para un pueblo llamado Guápolo dejando el retrato al sol para que se secara i encomendando el cuidado de él a su esposa.

La infeliz no supo impedir que el retrato se ensuciase i llamó al famoso pintor Gorivar, discípulo i sobrino de Miguel, para que reparase el daño.

De regreso Santiago, descubrió en la articulacion de un dedo que otro pincel habia pasado sobre el suyo. Confesáronle la verdad.

Nuestro artista era de un carácter asaz altivo e iracundo. Encolerizóse con lo que creia para su orgullo una profacion, dió de cintarazos a Gorivar i rebanó una oreja a su pobre consorte.

Acudió el oidor i lo reconvino por su viovencia.

Santiago, sin respeto a las campanillas del personaje, no se paró en chiquitas i arremetióle tambien a estocadas.

El oidor huyó i entabló acusacion contra aquel furioso.

Este tomó asilo en la celda de un fraile i, durante los catorce meses que duró su escondite, pintó los catorce cuadros que embellecen los claustros agustinos.

Entre ellos merece especial mencion por el diestro manejo de las tintas, el titulado: *Milagro del peso de las ceras.* Se afirma que una de las figuras que en él se hallan es el retrato del mismo Miguel de Santiago.

III.

Cuando Miguel de Santiago volvió a aspirar el aire libre de la ciudad natal, su espíritu era ya presa del ascetismo de su siglo.

Una idea abrasaba su cerebro.

Trasladar al lienzo la suprema agonía de Crsto.

Muchas veces se puso a la obra: pero descontento de la ejecucion, arojaba la paleta i rompia el lienzo.

Mas no por esto desmayaba en su idea.

La fiebre de la inspiracion lo devoraba; i sin embargo, su pincel era rebelde para obedecer a tan poderosa intelijencia i tan decidida voluntad.

Pero el jenio encuentra siempre el medio de salir triunfador.

Entre los discípulos que frecuentaban el taller, hallábase un jóven de bellísima figura. Miguel creyó ver en él el modelo que necesitaba para llevar a cumplida realizacion su pensamiento.

Hízolo desnudar i colocólo en una cruz de madera.

La actitud nada tenia de agradable ni de cómoda. Sin embargo, en el rostro del jóven se dibujaba una lijera sonrisa.

Pero el artista no buscaba la expresion de la complacencia o del indeferentismo, sino la de la angustia i el dolor.

—¿Sufres? preguntaba con frecuencia a su discípulo.

—Nó, maestro; contestaba el jóven, sonriendo tranquilamente.

De repente Miguel de Santiago, con los ojos fuera de sus órbitas, erizado el cabello i lanzando una horrible imprecacion, atravesó con una lanza el costado del mancebo.

Este arrojó un jemido i empezaron a reflejarse en su rostro las convulsiones del dolor i la agonía.

I Miguel de Santiago, en el delirio de la inspiracion, con la locura fanática del arte, copiaba la mortal congoja i su pincel, rápido como el pensamiento, volaba por el terso lienzo.

El moribundo se ajitaba, clamaba i retorcíase en la cruz, i Santiago, al copiar cada una de sus convulsiones, exclamaba con creciente entusiasmo:

—¡Bien! ¡Bien, maestro Miguel!!!! ¡Bien! ¡Mui bien, maestro Miguel!!!!

Por fin, el gran artista desata a la víctima; véla ensangrentada i exánime; pásase la mano por la frente, como para evocar sus recuerdos, i como quien despierta de un sueño fatigoso, mide toda la enormidad de su crímen i, espantado de sí mismo, arroja la paleta i los pinceles i huye precipitadamente del taller.

¡El arte lo habia arrastrado al crímen!

Pero su *Cristo de la agonía* estaba terminado.

IV.

Este fué el último cuadro de Miguel de Santiago. Su sobresaliente mérito sirvió de defensa al artista, quien, despues de un largo juicio, obtuvo sentencia absolutoria.

El cuadro fué llevado a España.

¿Existe aun o se habrá perdido por la notable incuria peninsular?

Lo ignoramos.

Miguel de Santiago, atacado desde el dia de su crímen artístico de frecuentes alucinaciones cerebrales, falleció en noviembre de 1673, i su sepulcro está al pié del altar de San Miguel, en la capilla del Sagrario.

RICARDO PALMA.

## SEÑORA DOÑA LUCRECIA UNDURRAGA DE S.

Un vivo sentimiento de gratitud, prima querida, mezclado de orgullo, me ha dejado la dedicatoria de los *Ermitaños del Huaquen*, tu nueva produccion. Es mucho honor para mí la hayas colocado bajo mi débil amparo, no siéndote de ninguna manera necesario, puesto que sin él has obtenido un éxito completo en tu carrera literaria, con tanto brillo iniciada.

La palabra de aliento que me pides, amada Lucrecia, será excitarte a que sigas adelante en esa espinosa, pero florida senda, sin que te arredren los obstáculos que la dificultan. Tú, que con tanta valentía te lanzaste a ella en tus bellos ensayos sobre la rejeneracion social de la mujer, ¿habias de detenerte despues de un paso tan atrevido?

Me invitas a que te siga en ese camino, i yo bien quisiera acceder a tu deseo, pero confieso que tengo miedo; sí, me falta el valor necesario para desafiar los sarcasmos, las burlas, las censuras de la sociedad, siempre severa con la mujer que sale de la esfera comun.

Ademas, yo no me creo con bastante talento, ni suficiente instruccion para aventurarme—imitando tu feliz espresion—en el mar borrascoso de la publicidad. No soi sino una aficionada, que ha tocado tan solo el pórtico del templo de las letras.

Mi existencia ha jirado en una órbita tan estrecha, son tan limitados los horizontes que he tenido a la vista, que mi imajinacion no ha podido tomar vuelo, ni me ha sido posible tampoco adquirir el conocimiento práctico de las cosas, indispensable para escribir con algun acierto.

No he hecho estudios sobre nada. He leido muchos libros, es verdad; pero he devorado sus pájinas con la rapidez del pensamiento, sin detenerme en hacer reflexiones ni deducir consecuencias, i por lo tanto no he sacado de ellos todo el provecho que debiera. La lectura ha sido únicamente para mí una distraccion en mi vida solitaria, un consuelo en mis pesares.

Así, pues, jamás he pensado en escribir para el público, i si alguna vez me resolviese a ello, lo haria solo cediendo a tu impulso. En esta hipótesis lejana, ¿cuál seria el tema de preferencia que adoptar? Yo misma no podria decirlo, pues aun no lo he pensado.

Pero puedo afirmar desde luego que las cuestiones sociales i políticas serian escluidas. Con relacion a las primeras, soi algo optimista para predicar la reforma en este órden; todo lo miro a traves de un prisma que me presenta el lado bueno i me oculta el malo; i en cuanto a las segundas, las detesto: ellas son el oríjen frecuente de discordias, que tienen por fruto la calumnia, el odio, la venganza, todas las viles pasiones, en fin. Por otra parte, la mujer en Chile no está aun llamada a tomar inicitiva en la cosa pública; cuando tengamos instituciones tan liberales como en los Estados Unidos, habrá llegado su hora.

El jénero de mis simpatías es el sentimental; mas yo no imitaria a esas escritoras románticas, que se divierten en hacer el análisis de su propio corazon; que hacen al universo confidente de sus penas, echando a volar a todos los vientos sus íntimos secretos: revelar el sentimiento es profanarlo; el corazon, a la vez que el foco donde nace, debe ser la urna funeraria que lo sepulte.

Para la lectura no encuentro argumento malo; pero cuando pienso en escribir, no hallo ninguno que me agrade. Aguardo la publicacion de tu leyenda, que tan magnífico principio tiene, para inspirarme en ella i dar, si logro vencer mi timidez, el primer paso en la via literaria.

Tu prima, que te admira tanto como te ama,

ENRIQUETA.

FOLLETIN.

# LOS ERMITAÑOS DEL HUAQUEN.

Tradiciones populares del norte de Chile.

LEYENDA INEDITA ORIJINAL
POR
LUCRECIA UNDURRAGA DE SOMARRIVA.

(Continuacion.)

La caravana hizo alto, como decíamos, a la puerta de uno de los miserables ranchos que servian de hogar a los primitivos habitantes de nuestro suelo.

Apénas la comitiva se amontonó a la entrada del rancho, la puerta de cuero de éste se abrió, i los recien llegados penetraron a la choza sin mas ceremonia.

Indudablemente eran esperados; pues los dueños de casa, que eran un indio i su mujer,

no parecieron extrañarse de la hora intempestiva a que venian los visitantes. Léjos de eso, se apresuraron a encender una buena i abundante lumbre.

Como era de costumbre en aquel tiempo i es aun en nuestro pueblo, todos se sentaron al rededor de la fogata. Entónces se pudo contar a los recien llegados, que eran seis hombres i una mujer. Marchaban a pié i estaban mojados hasta los huesos, como suele decirse.

Los hombres eran todos indios: tenian el aspecto estúpido i feroz de esta raza cuando no está pulida por la civilizacion. En cuanto a la mujer, que permanecia acurrucada en un rincon de la choza, miéntras sus compañeros volvian el calor a sus miembros entumecidos por el frio i el agua, a primera vista se adivinaba que nada habia de comun entre ella i la singular comitiva.

En su aspecto i en su traje se conocia sin trabajo que era española.

Sus vestidos, aunque deteriorados por los doce dias de marcha que debian haber empleado por lo ménos para llegar de la Serena a Quilimarí, i apesar de la lluvia de esa última noche, conservaban todas las apariencias del lujo. Esta circunstancia, unida a cierta atmósfera de distincion inexplicable que envolvia a la mujer, descubrian un noble oríjen.

Una gran mantilla de lana la cubria casi por completo.

Sin embargo del frio intenso que la hacia temblar bajo esta mantilla, la mujer permanecia alejada de la fogata; inmóvil i recojida en su rincon.

El resto de la caravana se preparaba para tomar su *ulpo caliente* en grandes cachos, que empuñaban con satisfaccion.

Uno de ellos que, a juzgar por su apariencia ménos feroz i estúpida que la de sus compañeros, debia ser el jefe de la partida, se volvió hácia la mujer, i fijando en ella una mirada respetuosa i tierna, que dulcificó en gran manera la expresion adusta de su fisonomía, dijo en español:

—¿Por qué no se acerca al fuego, señorita? debe tener mucho frio, i si permanece ahí encojida, con los vestidos mojados, se va a helar.

La mujer no contestó ni una palabra, ni siquiera hizo un movimiento: parecia no comprender que era a ella quien se dirijian.

El mismo personaje dijo entónces volviéndose al resto de la comitiva:

—Vean Uds. si es taimada esta señorita; jamás contesta cuando se le habla. Sin embargo de lo mui bien que la hemos tratado en el camino, no hemos logrado hacerla pronunciar ni una palabra. Así son estos pícaros españoles: se desdeñan de hablar con los indios, como nos llaman, con los esclavos; pero para quitarnos nuestras tierras, para robarnos nuestro oro, no han tenido miramientos. ¡Cuidado, señorita, continuó volviéndose de nuevo del lado en que estaba la mujer, cuidado! mi paciencia se cansa, i si hasta ahora he sido bueno, respetuoso i dulce con Ud., disgustando a mis compañeros, su obstinacion me va exasperando i casi estoi decidido a ser desde este momento el cacique Tagaltahua tal como he sido siempre: ¡cuidado!

I el altivo descendiente de la raza araucana, la mas indómita i valiente de toda la América del Sur, arrojó sobre la mujer una mirada fria i amenazante.

Esta mirada no pudo ser apreciada por la mujer que, cubierta como estaba, no podia ver al indio. Quizás por tal motivo no descubrió, ni por el mas lijero movimiento, que las amenazas de éste la sobresaltaran.

Tagaltahua, pues ya que sabemos su nombre lo llamarmos así en adelante, siguió diciendo a sus compañeros:

—Supongo que Uds. estarán contentos de su jefe; he cumplido mi juramento: juré vengarme i vengar a todo los mios del soberbio i cruel señor Toribio Mendoza; juré hacerle el moyor mal posible, i creo no haberme engañado en la eleccion del punto que debíamos herir. Hemos destrozado el corazon de padre arrebatándole su hija.

¿Qué mas podíamos hacer? Aquí tienen Uds., añadió señalando a la mujer, que inmóvil en el rincon, mas parecia un objeto que un sér humano, aquí tienen Uds. a la señorita Blanca Mendoza, el tesoro precioso, inestimable del señor de Mendoza, convertida en la esclava, en la mujer futura del cacique Tagaltahua.

*(Continuará.)*

# CAROLINA.

C'en est fait!.... je l'ai vu dans mes reves. L'espérance n'embellit plus mon avenir, ils ont été courts mes jours de félicité. Glacé par le froid aquilon du malheur, le matin de ma vie est voilé d'un nuage. ¡Amour, espoir, bonheur ¡adieu! que ne puisje ajouter: souvenir ¡adieu!

***

## I.

¡Dieziocho años! Edad feliz, edad de las dulces ilusiones i de los ensueños color de rosa i de cielo. ¡Dieziocho años! grato momento de la vida, en que despertándose el alma como de un profundo sopor, despliega sus alas i, entusiasmada, extiende su vuelo en medio de los inmensos horizontes de un mundo que aun no conoce. ¡Dieziocho años! brillante aurora de un dia que principia i cuyo término no se percibe; fugaz meteoro, cuyo resplandor deslumbra i casi siempre ciega al incauto mortal. ¡Oh! ¿quién en esta edad no ha soñado con la gloria i con paraisos de indecible dicha? ¿Quién no ha visto levantarse, como por encanto, suntuosos palacios, hermosísimos jardines i pra-

deras esmaltadas de pintadas i escojidas flores? ¿Quién no ha sentido latir su corazon a impulsos de deseos que no se sacian, de armonías que no se explican, de visiones que no se comprenden? ¿Quién, en esta edad, no ha sentido correr por sus venas ese fuego voraz que abrasa i no consume, que arde i no quema; ese veneno amargo como el acíbar i dulce como la miel, veneno que no tan pronto mata cuando, de nuevo, da la vida? ¿Quién, en fin, no ha amado a los dieziocho años?....

¡Dulces momentos de aquella edad primera, dulces instantes de un tiempo que fué ¡venid! yo os invoco, i, ya que no es dado al hombre el detener el tiempo, ni hacer que sea lo que ya pasó, que al ménos, vuestro recuerdo, haciendo vibrar las laceradas fibras de mi alma, mitigue un tanto la amargura que me llena i traiga algun consuelo a mi dolor!

II.

¡Qué armoniosos gorjeos entona el pajarillo que, aprisionado en estrecha jaula, ve por fin abrirse las doradas puertas de su prision! Saltando de rama en rama, alborozado, sacude sus plumas, extiende sus alas i luego, en rápidos jiros, se remonta i vuela en el libre aire que lo vió nacer. No de otra suerte, lleno de júbilo, saludé entusiasmado el dia en que ví cerrarse, por última vez, las puertas del solitario colejio donde habia recibido mi educacion. ¡Qué hermoso me parecia el cielo, qué brillantes los astros, qué puro el aire que aspiraba, qué delicioso el perfume de las flores! I, sin embargo, aquel cielo, aquellos astros, aquel aire i aquellas flores, eran los mismos que tantas veces, triste i melancólico, habia contemplado desde las rejillas de mi colejio, en aquellos momentos de descanso, gratos momentos, que robados al estudio i al vijilante ojo del maestro, dedicaba a la meditacion i a la poesía. ¡Milton, Chateaubriand, Lamartine, benditos seais una i mil veces, vosotros que inspirásteis a mi alma esas elevadas aspiraciones hácia todo lo que es grande i bueno! vosotros, con vuestros cantos, me hicisteis comprender la magnificencia de Dios, pues, junto con vosotros, yo admiraba, en silencio, el esplendor del universo, alcanzando a percibir, en medio de mi soledad, lo que decian las brisas en sus quejidos, las aves en sus trinos, el agua en sus murmullos; mi espíritu, arrastrado en alas de vuestras sublimes fantasías, recorria mundos desconocidos, atravesaba océanos insondables, precipicios horribles, desiertos horrorosos; yo, con vosotros, aprendí a conocer los estragos del vicio i los encantos de la virtud; yo aprendí a conocer el alma humana i, por vez primera, sentí palpitar mi pecho bajo los dulces impulsos del amor; sí, yo soñaba lo que vosotros soñabais; yo veia aquellos hermosos ánjeles que, hablando a vuestras almas, hablaban tambien a mi alma; yo sentí humedecerse mis ojos i ví correr por mis mejillas esas lágrimas dulcísimas en que empapábais vuestras privilejiadas plumas. ¡Oh! benditos seais vosotros, grandes poetas, que me hicisteis entrever el cielo, el cielo a que incesantemente yo aspiro. ¡Milton, Chateaubriand, Lamartine, que vuestras almas descansen en paz; mis votos os acompañarán siempre i siempres os bendeciré!

III.

Terminados mis primeros estudios, mi familia se trasladó al campo, donde debia permanecer algunos meses miéntras llegaba la época en que pudiese incorporarme a los cursos superiores de la Universidad.

¡Oh! el campo, el campo! ¿Quién podrá comprender la majia que encierra esta palabra para un niño que, como yo, habia vivido hasta entónces encerrado entre las cuatro paredes de un colejio, sin mas espacio para correr, saltar i dar espansion al corazon, que un patio monótono i siempre el mismo, donde no habia mas verdura que el musgo que la humedad hacia crecer en los tejados i unos árboles envejecidos, con unas cuantas ramas descarnadas i secas, donde, de vez en cuando, se paraban a cantar las diucas i los chincoles? Por lo mismo, no es de estrañar la inmensa alegría que, a raudales brotaba de mi pecho, al divisar, desde el coche que me conducia, las inmensas sementeras que el viento ajitaba como las olas de un océano de esmeraldas; al recorrer las sombrías alamedas; al ver, en lontananza, las pajizas chozas perdidas entre las flores, al vadear los torrentes que, con sordo rumor, se precipitaban por entre encumbrados i pintorescos peñascos; al encontrar innumerables rebaños que triscaban en la espesura, i, al oir el balido de las ovejas, el bramar de las vacas, el relinchar de los caballos, junto con los gritos de los inquilinos i el ladrido de los perros, produciendo, en conjunto, una sinfonía tan nueva i tan especial, que no me cansaba de escuchar, de mirar i de aplaudir.

Por fin, llegamos a la aldea, cerca de la cual se encontraba la hacienda de mis padres. ¡Oh! ¿cómo podré expresar el júbilo que esprimenté al divisar la blanca torre de la iglesia i los altos pinos i corpulentos sauces de mi casa: aquella torre, aquellos pinos i aquellos sauces que hacia tantos años no habia vuelto a ver sino en mis sueños, cuando, despues de un dia entero dedicado a la jeografía, a la gramática, a la aritmética, al frances i al latin, cansado, aburrido, hastiado i abombada ya la cabeza a fuerza de repetir el *cujus cujus-que;* i el *cuociente i el divisor;* i el *complemento i el predicado;* i el *que nous ayons, que vous ayez, qu'ils aient,* llegaba por fin a mi cama, a mi linda cama, único consuelo de mis penas i de mis trabajos?

El coche rodó en el empedrado del patio de las casas. Cubierto de polvo i palpitante de emocion, salté del carruaje. Múfti, Alí, Tíber,

Arnon, mis viejos compañeros de infancia, casi me volvieron loco con sus ladridos i caricias.

¡Oh! instantes de purísimo gozo i de inolvidables recuerdos! ¿por qué habeis ya trascurrido i por qué no habeis de volver?.... Aun hoi dia, mis ojos se empapan en lágrimas i, nublada la vista, trémulo el corazon, os veo revivir, en mi memoria, alegres dulces i llenos de ventura. Veo a mis padres, veo mi hogar; recuerdo mis esperanzas, mis proyectos para el porvenir; escucho la campana de la iglesia i saludo aquella imájen de María que, tantas veces, recibó mis votos i mis ardientes plegarias. ¡Oh! deliciosos ensueños de mi fantasía, por piedad, teneos, no os vayais, dejad que mi pobre alma os salude i os bendiga siquiera una vez mas!

Durante algunos dias, lleno de entusiasmo, no cesé de recorrer los campos i los bosques esmaltados con todas las galas de la estacion primaveral. Todo lo que queria ver: los cerros, las quebradas, el huerto, el jardin, el rio; nada se escapaba a mis investigaciones. Sin embargo ¿quién lo creyera? apesar de la variedad de aquella vida, acabé por aburrirme: ya no me gustaba ir a perseguir las aves en los matorrales, ya no me sucedia llevarme horas de horas enteras pescando en el arroyo; la escopeta, la red i los anzuelos estaban hacinados en un rincon.

—¿Qué tienes? me preguntaba mi madre.

—¡Nada! le contestaba yo.

—¿I por qué no sales a caballo o vas al bosque o al rio?

—No tengo ganas.

I en efecto, solo me gustaba llevarme retirado, solitario i hojeando de cuando en cuando algunos libros, pero, las mas veces, meditabundo, triste, soñador. ¿En qué pensaba? no lo sé; lo cierto es que encontraba en mi alrededor una espantosa monotonía i, luego, un vacío inexplicable i un algo que me faltaba i que yo entónces no comprendia. ¡Ah! era que tenia necesidad de amar i ser amado; era que mi alma, rebozando de ternura, tenia necesidad de otra alma, a quien hacer depositaria de los tesoros de amor que yo encerraba en mi pecho!

V.

Una mañana llegó ¡mañana feliz! Triste i melancólico paseaba por los linderos de un bosquecillo; la brisa suspiraba entre los pintados cogollos de los almendros i de los ciruelos, i enamorada, juguetaba entre los blancos copos de los naranjos i de los amarillos aromos; el arroyo, con sus aguas de cristal, murmuraba entre los guijarros i la esmaltada yerba; el alba, con su dulce vislumbre, se asomaba por la cima de las montañas i la luna, replegando las tinieblas, se ocultaba en el horizonte, arrastrando en pos de sí las estrellas sus hermanas. Apareció el sol radiante de belleza i de esplendor. La naturaleza entera lanzó un grito de júbilo i, las aves i las flores, los peñascos i el arroyo, el monte i la pradera entonaron un himno de alabanza al Creador. Estasiado, contemplaba aquel cuadro, aquella deslumbradora luz, aquellas ráfagas de armonía, cuando, de repente, una voz tierna, melodiosa, anjelical, hizo temblar mi corazon. Corrí a ocultarme tras de un cedron i observé con toda mi alma: una niña pálida i hermosísima estaba a diez pasos de mí ¡qué linda, qué linda era!; tendria apénas quince años, esbelta, graciosa, con unos ojos negros de aquellos que queman, que matan; sus cabellos castaños, entre los cuales ella habia enlazado algunas flores, le caian en largos rizos alrededor de su cuello; llevaba un vestido color de cielo i, cruzado sobre el pecho, un pañuelito blanco. No me cansaba de mirarla; queria daguerreotiparla en mi imajinacion. Creia que soñaba i no me atrevia a hacer ningun movimiento, pues, temia que el mas leve rumor ahuyentara mi ilusion.

—¡Carolina! gritó una voz.

—Madre, ya voi, contestó ella, saltando de flor en flor como una mariposa, i acabando de llenar de violetas i de azahares un pequeño cesto que llevaba colgado al brazo.

—¿Dónde estás picaruela? ¿dónde te has ido?

—Por aquí madre, por aquí, contestó Carolina, corriendo al encuentro de una anciana que, en ese momento, llegaba por las orrillas del arroyo.

—Por fin te encuentro; te he buscado por todas partes sin saber donde podias estar. ¿Qué andabas haciendo, Carola mia?

—Estaba tan hermosa la mañana, abuelita, que, apénas sentí el primer canto de los pajarillos, salté de mi lecho para venir a cortar violetas i azahares. Mira ¡qué lindo se ve mi cesto! ¡qué fragantes son estas flores!

—Sí, sí, i miéntras tanto ¿no ves cómo te has humedecido los piés, con el rocío de la mañana?

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

*(Concluirá.)*

## REVISTA DE SAN FELIPE.

La semana que acaba de espirar no ha sido tan pobre en noticias que digamos.

Las fiestas de Pascua i sus conchitos han proporcionado algunas noticias al pobre revistero que anda en busca de ellas.

El domingo de Pascua por la mañana, recibieron las bendiciones del himeneo la señorita Sofia Mascayano i el jóven Ramon Perez Font, médico de esta ciudad, quedando desde ese momento, ámbos, unidos por los indestructibles lazos del matrimonio.

Un amor tierno ligaba a esa pareja, que

ahora debe encontrarse en el apojeo de su dicha. Que sean felices, son nuestros deseos.

***

Las fiestas de *noche buena* han estado mui alegres, aunque no tan divertidas como en otros años.

Nuestro pueblo ha bailado i cantado a las cien mil marabillas. Pero lo mejor que ha habido es que no hemos tenido que lamentar ninguna desgracia.

Fuera de algunos mojicones i rasguños proporcionados por mujeres pendencieras, ninguna desgracia hemos lamentado.

***

El domingo a las seis i media de la tarde, tuvo lugar la solemne distribucion de premios a los alumnos del colejio del Apóstol San Felipe, que mas se habian distinguido en las pesadas tareas escolares. El acto fué presidido por el señor rector del establecimiento, don José Agustin Gomez, i asistieron a solemnizarlo distinguidas señoritas i caballeros.

El señor Ramon B. Pedrasa pronunció un brillante discurso alusivo al acto.

El señor A. Gomez dió fin a él dando las gracias a la concurrencia, i avisando que las puertas del colejio quedaban clausuradas hasta el 1.° de marzo.

***

El viérnes 31, a las 12 P. M. poco mas o ménos, dejó de existir el apreciable caballero: *Año* 75. Despues de algunas horas de triste agonía murió en los brazos de un recien nacido: el *Año* 76, a quien damos la mas cordial bienvenida. Hé ahí los dos contrastes de la vida, hé ahí dos extremos: unos mueren en la miseria, i otros nacen en la opulencia i riqueza; unos llorando i otros riendo.

***

La compañía dramático-lírica que funcionaba en nuestro teatro, se ha ausentado de nosotros, lo que es verdaderamente sensible, pues en ella figuraban artistas de primera órden que hicieron lucir sus buenas dotes, principalmente en las tres últimas funciones que representaron. Vamos a dar una lijera reseña de las dotes de cada artista en las funciones a que aludimos, reservándonos hacerla mas estensu para otra vez que se nos presente la ocasion de volver a admirar a los actores. Principiaremos por la primera actriz.

La señora Leocodia Vila, es toda una artista de primera órden; en el papel que representó de Doña Juana la Loca creemos no tiene rival, a no ser aquella célebre Adelaida Ristori, a quien imita dignamente en muchas escenas.

El señor Dalman, primer actor de carácter, es tambien una notabilidad, i en todos los papeles que como a tal le han correspondido, se ha mostrado siempre digno de la altura a que le corresponde.

El señor Alfredo Toro, el gracioso de la compañía, en toda la temporada de funciones ha agradado bastante al público, a quien ha hecho reir a su regalado gusto. El es un actor gracioso que no redunda en la payasería, defecto tan jeneral en todos los actores de este difícil jénero teatral. Hai en él algo de esa naturalidad i sencillez propia solo de los actores de primera órden.

La señorita Lola de Dalman, la primera dama jóven, se nos hizo tambien bastante simpática en los diversos roles que desempeñó; pero donde se distinguió principalmente fué en el jénero de la comedia i de zarzuela, en los papeles sencillos i graciosos, donde tietiene una gracia que le es peculiar, que agrada mucho.

El señor Molinari nos merece tambien una recomendacion especial en el rol de *mesonero* que hizo en el drama de *Juana la Loca* que estuvo perfectamente caracterizado. En cuanto a los demas actores, como el señor Matti, la señora Tuda de Molinari, el señor Lopez, etc., son algo regulares, i con estudio i atencion pueden perfeccionarse.

Hé aquí el resúmen, escrito a vuelo de pájaro, de la compañía dramática que ya nos ha abandonado, i a quien el público ha correspondido tan mal los esfuerzos que ella ha hecho por agradarnos.

***

Con los periódicos literarios sucede lo que con las modas, que cuanto aparecen, se principian a hacer diversos comentarios sobre ellos.

Al aparecer nuestro periódico, los comentarios que se han formado han sido diversos, i han principiado sus hipótesis sobre su vida: unos afirman que no pasará del 2.° número; otros del 3.°; otros, a pié juntillas, en fin, aseguran no pasará del 4.°

Nosotros, en contestacion a estos señores, que debieran alentarnos en nuestra idea, diremos que no obstante de sus egoistas aseveraciones, nuestro periódico vivirá con la proteccion que el público ilustrado le ha prestado i le prestará.

***

El mártes 28 en la noche un hijo de Caco escamoteó un reloj a un jóven que caminaba tranquilamente por la calle de Maipú. Despues de un sério altercado entre el jóven i el Caco, este último huyó, habiéndolo al jóven *pasado por inocente.*

***

I con esto termino mi revista.

Abur, lectores, hasta el próximo domingo.

VICENTILLO QUITAPESARES.